

Florence Thomas\*

Universidad Nacional de Colombia

## **La Universidad Nacional de Colombia, el Departamento de Psicología: una síntesis de 27 años de vivencias**

No podría decir algo del Departamento de Psicología sin antes hablar de la Universidad Nacional y su significado para mí, significado que solo hoy, después de 32 años de residencia en Colombia, puedo entender con más claridad.

Por un hombre llegó a Colombia; por lo que me enseñó la Universidad, por lo que viví en la Universidad, por la gente que conocí en la Universidad, me quedé en Colombia. Y hoy, en medio de las guerras y las muertes que azotan a este país, invadida a menudo por un crudo escepticismo frente al papel de los y las intelectuales, cuando me pregunto que es lo que me hace quedar, la respuesta nunca se hace esperar “es que, a pesar de todo, me enamoré de este país”... Y mi enamoramiento se generó en gran parte gracias a la Universidad Nacional de Colombia.

En la U., pude vislumbrar la complejidad de la historia de Colombia, la tenacidad y belleza de la mayoría de su gente; en la U. conocí a los que son mis mejores amigos hoy, también encontré a unas hermanas del alma, del saber y de la vida, una especie de familia “sui generis” con la cual crecí, no solo en saber, sino, creo yo, como persona. Parece trivial decirlo pero para una exiliada del amor, si bien Colombia se volvió una patria para mí (Francia seguirá siendo la “matria”), la Universidad fue y sigue siendo una familia. Una familia inquieta, rebelde, una familia cuyo pulso cardíaco es el país, una familia llena de grandes adolescentes que tal vez son los que más nos cuestionan y lógicamente nos obligan a tener respuestas aun si a veces las respuestas están muy por debajo de las preguntas.

Ahora en cuanto a lo que viví durante más de 25 años en el Departamento de Psicología de la Universidad Nacional de Colombia, tocaría varios capítulos largos para retrasar lo que me inspira hoy día después de casi 5 años de jubilada. En el Departamento de Psicología viví tantas cosas, de las más triviales a las más epistemológicas, de las más parroquiales a las más universales, de las más colectivas a las más personales, de las más chistosas a las más tristes... Veamos algunas de ellas.

En el Departamento de Psicología, conocí a un montón de personajes que marcaron de una manera u otra a la Psicología del país. Unos han desaparecido, otros están todavía firmes. Conocí al padre Mateo Mankeliunas y su insopportable rigor metodológico que “casi logra transformar a la Psicología en ciencia” como dice el amigo César Constaín. Conocí a José Antonio Sánchez que me hablaba de las faldas de Manizales y recitaba poesías de Luis Enrique Sandoval cuando todavía no estaba lista para estos matices semánticos del idioma español. Conocí a una excelente mujer y docente, Esther de Zachman. Conocí a Rubén Ardila cuando tenía 30 años y ya con proyecciones internacionales. No me siento autorizada para juzgar la producción de Rubén –la distancia entre su visión experimentalista y mi mirada contaminada sobre el objeto de la Psicología es demasiado grande– pero puedo decir que es el único que hizo conocer la Psicología colombiana a nivel internacional. A Rubén siempre lo admiré por su impecable educación. Nunca lo vi alterarse por nada y sí lo vi atacado por hordas de estudiantes en labor de evaluación salvaje. Siempre me pregunté cómo hacía para guardar semejante cordura. Conocí a Álvaro Villar, desaparecido hace muy poco, Álvaro y su Psicología de clase –entiéndase “Psicología y clases sociales”– Álvaro, buena gente, un padre, pero no como el padre Mankeliunas, un padre de verdad, una figura paterna para la Psicología colombiana, uno de los pocos que trató de meterle algo de contexto del país a la Psicología, una madre para muchos de nosotros... Conocí a Eduardo Laverde, no me acuerdo mucho de su carreta pero si que hacia llorar a los estudiantes en los exámenes orales. Qué tal César Constaín con el cual tuve el privilegio de compartir oficina durante algunos años. Creo que fueron los años en que más me gustaba estar en la oficina!... porque en nuestra oficina César tenía Brandy y Jerez de lo mejor, nueces, almendras, maní y quesitos franceses pero sobre todo un discurso encantador, un humor sin igual y pude reencontrar en su compañía el discreto encanto de la burguesía, de esa burguesía culta y generosa. Rara vez hablábamos de Psicología pero sí leímos a Albert Camus y a Henry Miller y sobre todo nos burlábamos de los

\* Docente jubilada del Departamento de Psicología.

colegas. Estos son algunos personajes que me marcaron y que, creo yo, marcaron también unas generaciones de estudiantes. Luego llegaron profesores más jóvenes, muchos de ellos o ellas habían sido estudiantes míos. Entraron Elsa de Pérez, Javier Jaramillo que se iba a volver un amigo mío de toda la vida, Clemencia Barragán, la “gringa” Constanza, Ramiro Álvarez, Eugenia Guzmán, Jorge Bossa –otro amigo para siempre–, Clemencia Castro, Juan Guerrero, María Teresa Velásquez, Martha Restrepo y otro personaje más que inolvidable para mí, Aristóbulo Pérez, su laboratorio y sus experimentos de ratas inhalando marihuana. No están todos ni en el orden cronológico de su entrada al Departamento. Pero todos estos habían sido alumnos míos. ¡Ya estaban pasando los años!... Estábamos al final de la gran década del 70.

Resumir los 70 en el Departamento es un imposible para mí. Sería como resumir la vida de la Universidad, la vida del país, la historia del movimiento estudiantil, las marchas, los cierres, la toma de la embajada dominicana que nos puso seis meses en vacaciones remuneradas, los discursos de los líderes, los entierros simbólicos de caballos, la muerte del profesor Alava (¿final de la década del 70 o principio del 80?) Mi expulsión en tiempos del rector Duque Gómez, (eso sí me acuerdo: 1973. Vuelvo a entrar en el 75), los graffitis, *el poder está en la punta del fusil*, la Juco, el M.L., el MOIR, el P.S.T., la Psicología ciencia imperialista, el conductismo aparato ideológico del Estado, los silencios del Psicoanálisis, disciplina burguesa por excelencia incapaz de responder a la miseria de las clases populares, –no, perdón en los 70 todavía se hablaba de la clase obrera–; resumir los años 70 en el Departamento sería como tratar de darle un nombre a estos sueños que tratábamos de hacer realidad cuando todavía era posible... ¡Por algo hago parte de una generación desencantada!

Fueron también los años de discusiones interminables dizque para cambiar el plan de estudios; reuniones memorables de profesores en climas muy poco terapéuticos donde escaseaba bastante cualquier concepto de tolerancia... peleas absurdas de enfoques o más bien de poderes como si no pudiéramos aceptar los tiempos modernos cuya característica es justamente la de carecer de fundamentos, de certidumbres y de bases metafísicas. Cada enfoque defendía la Verdad sin darse cuenta de que no era sino su pequeña verdad, una herramienta entre otras para aproximarse a la realidad, a su realidad... Cuánto nos costó aceptar las incertidumbres y aprender a dialogar a sabiendas que en la Psicología se encuentran múltiples cajas de herramientas y miradas distintas sobre realidades siempre construidas... que no existe verdad absoluta en ninguna ciencia, y mucho menos en ciencias sociales. Creo que todavía algunos no lo han aceptado.

Me acuerdo de nuestras emociones cuando el grupo *Psicología y Sociedad* liderado por el valiente guerrero Bossa (sí, no se confundan, el guerrero era Jorge y no Juan...) se encontraba con el grupo de *Análisis Experimental de la Conducta* liderado por Martha Restrepo (y antes de ella, por Alfredo Ardila y Augusto Pérez)... En estas reuniones se nos olvidaba cualquier principio de convivencia pacífica o dinámica de grupo! Me acuerdo también de la sonrisa de los profesores del grupo de *Psicoanálisis* que no lograban nunca ubicarse del todo en estas peleas frontales y que terminaban en general hojeando el último seminario de Lacan o corrigiendo previas...

De verdad no sé si todo esto fue muy bueno para la historia de la Psicología colombiana, lo que puedo decir es que lo disfruté. Yo traté siempre de hacer lo mejor posible lo que tenía que hacer. No fue difícil porque amé profundamente la docencia y la amo todavía. Cada clase para mí fue siempre una pequeña historia de amor. Para enseñar hace falta seducir y esto lo entendí muy rápido. Tuve también la suerte de encontrarme con promociones excelentes (no todas ni cada semestre...), con estudiantes que me enseñaron más que cualquier reunión de profesores del Departamento, con inteligencias brillantes, con muchachos rebeldes y algunos jodones difíciles de olvidar!

Durante años y con este acento que llevo como un sello imborrable, hablé de Kurt Lewin y su teoría del campo, de Moreno, la sociometría y el psicodrama, de los grupos vivenciales y de encuentro, de los Mass-Media y su poder para construir mundos, de la publicidad, de los graffitis, de las canciones populares y telenovelas y finalmente, pero ya hacia finales de los 80... de la mujer.

Me enamoré (discretamente) de algunos estudiantes; nunca olvidaré a Enrique Velázquez, a Rebeca Puche, a José María Bustamante, a Ángel Parra, a Rocío Vallejo que leía libros en el fondo del salón, a Henry Granada, a Felipe Rojas (iste Felipe y sus evaluaciones salvajes, que maravilla!); nunca me olvidaré de un semestre entero que presentó su examen final en mi casa de la Candelaria con tragos de cuba libre y conjunto vallenato incluido (creo acordarme que a todos y todas les puse 5!).

Tomé miles de horribles tintos en nuestra horrible cafetería, almorcé centenares de veces en “Sabrosuras” –cuando ya no se pudo seguir disfrutando de la cafetería de profesores, esa que quedaba en el primer piso de la rectoría, entonces Torre Administrativa–; compré bocadillos y mandarinas tres veces a la semana donde Abigail que aún sigue firme para cobrar; crucé centenares de veces la Plaza Che, esta plaza cuyo piso es testigo de gran parte de la historia de la Universidad, y fui a muchos conciertos de los Domingos por la mañana en el León de Greiff. Hoy día, siento no haberme sentado más veces en el jardín de Freud...

Para mí la Universidad Nacional de Colombia fue también el universo de la libertad: libertad de palabra, libertad de horarios a pesar de que no creo haber llegado tarde a una sola clase ni mucho menos haber faltado a alguna en más de 25 años...

Me acuerdo de estos viernes por la tarde en que nos escapábamos Jorge Bossa, Elsa de Pérez, Javier Jaramillo, Manfred Wettler en su tiempo y algunos amigos y amigas más a los termales de Machetá y terminábamos la semana remojando en agua tibia y cervezas frías las peleas epistemológicas del famoso plan de estudio. Habíamos encontrado una piscinita en medio de una naturaleza todavía salvaje cuidada por un bobo de pueblo que nos prevenía inútilmente que no podíamos quedarnos después de las seis de la tarde. Pero todo estaba previsto pues al atardecer rodeábamos la piscina de velas y antorchas, prendíamos un cachito de marihuana con un pensamiento nostálgico dirigido a nuestro amigo Aristóbulo y sacábamos quesos, jamoncitos y más cervezas al mismo tiempo que el vestido de baño bajo la mirada algo perversa del bobo. En los termales de Machetá, en las noches estrelladas de los viernes, aprendí mucho de Psicología. Nos acompañaban en estas extrañas y deliciosas tertulias Bachelard, Bourdieu y Passeron, Freud, Lacan, Foucault, Piaget e incluso Skinner y elaborábamos teorías psicológicas que hubieran merecido capítulos aparte en la historia de la Psicología colombiana.

Sí, y a pesar de momentos de tristezas y pesimismos frente al porvenir de la educación pública que de año en año naufragaba a pesar nuestro, disfruté la Universidad y la pasé rico en el Departamento y si no logré convencer a nadie de la utilidad de la Psicología Social es que probablemente yo misma no estuve nunca convencida del todo. Lo único que puedo asegurar es que traté de ser honesta con los y las estudiantes. Por algo mi atracción más tarde por el feminismo que me parece una de las mejores apuestas teóricas de fin de siglo y con toda seguridad muchísimo mejor que la Psicología Social!

Hace ya 4 años me jubilé. Dejé atrás al Departamento de Psicología pero no a la Universidad Nacional de Colombia. Ella no me dejó ni la dejé a ella. Sé que le debo gran parte de mi vida adulta, de mis amores y desamores, de mis pasiones por la duda tanto epistemológica como existencial. Le debo sobre todo esta oscura certeza de sentirme colombiana de tiempo completo sin haberme nacionalizado nunca. Creo que de haber entrado en la Universidad de los Andes, en la Javeriana o en cualquier otra universidad cuando llegé en 1967, estaría en Francia hace tiempo. Entrando en la Universidad Nacional de Colombia, estoy convencida hoy que hice la mejor escogencia profesional pero sobre todo de vida.



UNIVERSIDAD NACIONAL  
FACULTAD DE MEDICINA  
LABORATORIO DE FISIOLOGIA  
SECCION DE PSICOTECNIA



Apellidos Tapia Tapia  
Nombre Cecilia  
Natural de Bogotá Depto. Casa Edad 18 Años  
Fecha del examen Enero 30 de 1941 No. 2022  
Examen para Conservatorio No. general 3667

48.48

65'91

FICHA RESUMEN

| FICHA ANTROPOMETRICA  | MAX.<br>300 | NOTA | CUARTIL | RANGO |
|-----------------------|-------------|------|---------|-------|
| Beta Test             | 123         | 75   | I       | B     |
| Multimental           | 100         |      | I       | 147   |
| Atención 1a. vez      | 102         |      | I       |       |
| Atención 2a. vez      | 102         |      | III     |       |
| Cálculo               | 180         |      | III     |       |
| Cultura General T. 19 | 109         |      | II      |       |
| Ortografía            | 11          |      |         |       |
| Cultura musical       | 20          |      | IV      | 96    |
|                       |             |      |         | 31'06 |

Observaciones: